

CULTURAS ESPAÑOLAS E INDÍGENAS EN LA NUEVA ESPAÑA DURANTE EL SIGLO XVI y XVII

Jorge Gilbert

Introducción

Durante el verano de 1995, junto a 24 profesores universitarios de los Estados Unidos, tuve la oportunidad de participar, en un Instituto de Verano auspiciado por el National Endowment for the Humanities (NEH) y patrocinado por The Community College Humanities Association. El tópico central de estudio fue **Centro y Periferia en Nueva España: Culturas Indígenas en México y Nuevo México** (CPNS-95). Así, entre el 4 al 25 de julio viajamos a Ciudad de México y luego, entre el 26 de junio y el 14 de julio, a la ciudad de Albuquerque, Nuevo México para, de acuerdo al programa, "estudiar con una docena de expertos internacionalmente conocidos en las áreas de la historia de la culturas precolombina, España, México y el suroeste de los EE.UU." ¹

El objetivo del CPNS-95, de acuerdo al programa citado, consistía en "atraer la atención de los participantes acerca de la interpretación de los eventos y documentos asociados con los viajes de Colón y el "encuentro" [énfasis en el documento] consiguiente de los europeos, africanos y los indígenas de las Américas". Seguidamente, el Instituto se proponía como meta capacitar a los académicos participantes para proporcionarles nuevos elementos para trabajar interdisciplinariamente en el tema del "encuentro" [énfasis agregado] y sus textos claves, para incorporar "una comprensión más rica de las diversas realidades culturales de este período en su enseñanza, preparación de currículo y escolaridad de estos temas. (Ibíd.)" Finalmente el programa indicaba que ". . . la premisa intelectual del Instituto era que 'el encuentro' precolombino/europeo ha sido decisivo en la generación de una nueva identidad y carácter de las civilizaciones y culturas en las Américas. Ellos sirven de paradigmas para la dinámica del 'encuentro de otros' [énfasis en el documento], estudio de casos, los encuentros que continúan y la interacción de las culturas y subculturas en las Américas y cualquier parte del mundo" (Ibíd.).

El objetivo central de este trabajo es discutir algunas de los temas e interpretaciones analíticas utilizadas durante este programa, y que en términos generales representan el enfoque tradicional de los estudios e interpretaciones acerca de América Latina por parte de la academia norteamericana. Desde esta perspectiva es posible señalar que las conclusiones de muchos de estos trabajos son neocolonialistas, ingenuos e inconsistentes debido a que los enfoques teóricos-metodológicos utilizados son notoriamente etnocéntricos. Las consecuencias son lamentables, especialmente al nivel político, debido a que bajo dichos parámetros conceptuales y analíticos no es posible lograr un entendimiento global de América Latina, ni muchos menos desarrollar modelos y alternativas diferentes a las impuestas en el pasado por los países más avanzados del Primer Mundo. En ellos predominan interpretaciones románticas, idealistas, ingenuas y distorsionadas del pasado, desasociadas del presente y más preocupante, del futuro.

En las páginas que sigue me propongo discutir algunas de los aspectos más controversiales de este llamado "encuentro cultural". Entre los más urgentes quisiera mencionar problemas teóricos-metodológicos, históricos, sociológicos y políticos.

En aras de establecer una necesaria y urgente discusión de estos y otros temas dentro del campo de las ciencias sociales, nuestro trabajo pretende sugerir que no es posible construir el futuro, ni muchos menos hablar de un encuentro cultural y económico en la región repitiendo los errores u omisiones

interpretativas del pasado por parte de las naciones desarrolladas. Enfoques basados en corrientes empiricistas o neopositivistas no son las categorías más apropiadas para dar cuenta de la compleja realidad de América Latina y su inserción histórica en el orden internacional. De ahí que el primer paso sea discutir el rol de las herramientas analíticas y metodológicas para entender la complejidad de la realidad histórica Latinoamérica y sus manifestaciones sociales, políticas y económicas.

LA TEORÍA

¿Qué es un análisis histórico-social? Esta pregunta tan amplia encierra una variedad de problemas teóricos y metodológicos difíciles de resolver debido a la carencia de explicaciones sistemáticas y organizadas. Sin embargo, dichos análisis comenzaron a multiplicarse rápidamente en América Latina a partir de la década de los sesenta. Tres factores explican esta situación.

El primero fue el triunfo de la revolución cubana y sus consecuencias para el resto del continente, otorgándole al marxismo un pasaporte académico que permitió iniciar una serie de estudios en universidades, institutos, iglesias y organizaciones políticas al calor de dicha corriente interpretativa.

En segundo lugar, y estrechamente vinculado con el punto anterior estuvieron las propuestas de cambio socio-políticas y económicos de corte socialista o reformistas avanzados iniciados en la región durante este período. Ellos coinciden con los esfuerzos de los EE.UU. y gobiernos locales para detener e impedir la consolidación y proliferación de dichos proyectos, tal como venía ocurriendo en Cuba.

Como resultado de los dos puntos anteriores el otro elemento que aceleró el desarrollo analítico de las disciplinas sociales fueron el inicio de acciones revolucionarias directas desarrolladas en la región, a partir de los sesenta, por parte de organizaciones y movimientos revolucionarios inspirados en la Revolución Cubana.

De cualquier forma, la proliferación de los análisis no necesariamente coincidieron o llevaron a cabo sin enfrentar diferencias notorias entre sí. En efecto, dichos estudios y análisis fueron elaborados desde diversas perspectivas metodológicas, incluso cuando se partía de la misma base teórica como era el marxismo. Las formulaciones y conclusiones de estos estudios generaron polémicas y resultados bastante peculiares entre sí, las cuales pueden resumirse como siguen.

Un primer tipo de investigación social opera bajo la creencia que los análisis históricos-políticos-sociales-económicos, son el resultado de una exhaustiva recopilación de información y ordenamiento de datos empíricos. De esta manera, se excluyen los elementos teóricos que permiten interpretar la información obtenida, como a la vez, descubrir las tendencias que se reflejan más allá de lo que sugieren las cifras y datos procesados. En ciertas ocasiones, dichas tendencias empíricas tienden a ser acompañados por algunas explicaciones teóricas que, sin embargo, ni siquiera alcanzan a rebasar los aspectos más inmediatos de un fenómeno social concreto sometido a estudio. Esto ocurre generalmente con los análisis histórico-sociales desarrollados bajo el paradigma de la teoría estructural-funcionalista, tal como veremos más adelante.

Un segundo tipo de estudios se caracterizan por la falta de conexión entre el análisis teórico y la información obtenida a través del procesamiento de los datos. Así, encontramos que los elementos teóricos utilizados no logran establecer una relación con los diversos aspectos de la realidad que intentan dar cuenta. De este modo, la teoría y la realidad marcha en forma paralela, separados entre sí, por más que se intente ponerla juntas en el reporte final, informe o libro. Esta tendencia, también es muy común en los estudios estructuralistas y neopositivistas.

Finalmente, encontramos estudios cuyo factor predominante es la indeterminación del elemento tiempo en los fenómenos sociales que están siendo analizados. Aquí se producen dos tipos de situaciones extremas:

a) Trabajos que no elaboran acerca de los cortes históricos-sociales-políticos-económicos en que se está trabajando, asumiendo que estos son simplemente el resultado de la sumatoria de una serie de eventos. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se habla del capitalismo y sus efectos en América Latina sin referirse específicamente a un período histórico específico para diferenciar o comparar sus diversas modalidades productivas. Si tomamos el caso de la producción esclavista introducida agresivamente por los países colonialistas europeos y más tarde combatida tenazmente por algunos de ellos, veremos que dichos cambios sólo pueden entenderse a la luz del estudio de las diversas necesidades productivas en Europa y sus efectos en el mundo colonial. Estas no ocurren por sí solas y por el contrario presentan características y modalidades que difieren substancialmente de un período a otro o se gestan en otros momentos.

b) La otra característica consiste en introducir cortes histórico-sociales concentrándose en uno de ellos en particular, enfocándose en un sólo aspecto, desligado del resto de los elementos que los componen y relacionan con ellos. Por ejemplo, el estudio detallado, en una forma "pura", de los estilos barrocos en la construcción de las iglesias coloniales en lo que hoy constituye la Ciudad de México, sin considerar los factores ideológicos, religiosos, culturales o económicos que motivaron dicho tipo de construcciones.

La aproximación general de la mayoría de los análisis acerca de España y luego la Nueva España entre siglo 14 al 16 realizados durante el CPNS-95, fueron marcadamente notorios por este tipo de elementos. Esta característica, propia de las interpretaciones estructuralistas y neopositivistas, en nuestra opinión, impidieron analizar dichos períodos y procesos, de una forma apropiada. Las limitaciones propias de estas corrientes analíticas más que explicar y evaluar una situación observada tiende a justificar lo ocurrido en aras de una funcionalidad social y a ocultar las necesidades e intentos de cambio social. Observemos esta situación en más detalles.

El estructuralismo

El paradigma estructural-funcionalista² es un marco teórico que describe a la sociedad como un sistema compuesto por varias partes o segmentos bien integrados que operan interrelacionados entre sí realizando una contribución positiva para asegurar su mantenimiento como un todo. Tal como su nombre lo indica, esta formulación teórica cuenta con dos componentes. Primero, la **estructura social**, entendida como patrones relativamente estables de conducta social que perduran en el tiempo, externos a los individuos y que influyen las conductas de las personas permitiendo que la sociedad cambie de una manera ordenada (Gilbert:1997:38). Las estructuras sociales más importantes son la familia, la religión, la política, la escuela, las organizaciones formales—el Estado y la burocracia, por ejemplo—y el sistema económico. Ellas constituyen los componentes principales de la sociedad. Segundo, cada uno de los elementos de la estructura social cumplen diferentes **funciones sociales**, las cuales operan con su propia dinámica pero interconectadas entre sí permitiendo de este modo mantener a la sociedad viva, como sistema (Macionis:1987:16).

En el terreno de la historia, y la ciencia política el paradigma sociológico estructural-funcionalista ha sido ampliamente utilizado por la academia norteamericana como un referente descriptivo y de ordenamiento, particularmente en análisis comparativos. Sin embargo, este paradigma teórico presenta debilidades analíticas, las cuales pueden resumirse como siguen:

- Tendencia a asumir que cualquier factor o elemento social debe o debería existir porque son funcionales al sistema. De esta manera se ignoran otras posibilidades que podrían tener diferentes connotaciones e incluso consecuencias.
- Ignora el rol que juega el poder—económico, político o social—de los miembros de una sociedad en la creación y preservación del orden social.
- Como consecuencia de lo anterior, es incapaz de explicar el cambio social, salvo como algo disfuncional o como resultado de factores e influencias externas, provenientes desde afuera del sistema.³

Una tendencia incluso obsesiva de esta corriente analítica consiste en tomar la totalidad del colectivo social, desglosarlo en partes, y concentrarse en el estudio detallado de algunos de sus aspectos. Esta situación que podríamos designar peroyativamente como "metodología del salame", conduce a que una vez introducidos dichos cortes, especialmente los de tipo históricos, se pierda la relación con el contexto global en que estos ocurren. Como justificación se argumenta que "el corte" o segmento, aún corresponde al mismo proceso o porción del "salame", pero que ahora nos permite concentrarnos en el estudio detallado de algunos momentos o aspecto particular que nos interesa. Por esta razón, es común que a través de este tipo de análisis se enfatizen las expresiones artísticas de los mayas o los aztecas en el siglo quince o dieciséis, totalmente desconectado de sus aspectos centrales tales como la producción y sus correspondientes sistemas sociales y políticos; pero más importante, su conexión pasado-presente-futuro.

Las ciencias sociales —y en el caso particular la arqueología, la antropología y la historia— se preocupan del conocimiento del desarrollo de los fenómenos sociales en su globalidad. Por esta razón, sus enfoques analíticos no puede concentrarse solamente en el estudio de pueblos "muertos" o desaparecidos. Más bien, se trata de disciplinas que buscan el conocimiento de las transformaciones materiales de las sociedades del pasado. De este modo, por ejemplo, la correspondencia de las categorías del concepto **cultura**, entendida como *un conjunto de creencias, valores, conductas, y elementos materiales compartidas por grupos de individuos*, son muy importantes desde el punto de vista teórico-metodológico. En efecto, dichas disciplinas llevan a cabo sus observaciones basados, fundamentalmente, en las formas culturales de una sociedad. La antropología, por ejemplo, sin hacer distinciones entre sus diferentes disciplinas —antropología social, sociocultural, etnología, folclor—, en la realidad, se han dedicado al estudio de los pueblos vivos y su conexión con el pasado. Lo mismo podemos afirmar acerca del resto de las disciplinas sociales, especialmente la sociología.

LA METODOLOGÍA

Una característica muy de moda en muchos trabajos académicos de corte histórico sociales, es la aplicación de una metodología de corte *paparazo*. Es decir, recolectar datos e información, identificar elementos, anécdotas y situaciones espectaculares para ilustrar la situación sometida a estudio. Esta fórmula ampliamente utilizado por los periódicos y revistas sensacionalista de los Estados Unidos consiste en una legión de periodistas, fotógrafos y reporteros que circulan alrededor de las estrellas de cine, cantantes, políticos y celebridades con el fin de captar el último escándalo político o sexual (Bill Clinton y Mónica Lewinsky), pornografía (Madona desnuda), divorcios o matrimonios (Elizabeth Taylor), incesto (Woody Allen y la hija adoptiva de su esposa y actriz Mia Farrow) o crímenes (el juicio al futbolista negro O. J. Simpson) de una manera exclusiva. Una vez obtenida la información sensacionalista el *paparazo*, dueño de la primicia, obtendrá una jugosa compensación económica por concepto de ventas de dicho material, junto al prestigio y la fama que suelen seguir a los personajes que operan en estos círculos de la prensa norteamericana y mundial. La meta final del *paparazo* es publicar un libro, vender millones de copias para terminar en la pantalla del cine y el *home video* vía Hollywood.

La poderosa influencia de los medios de comunicaciones de masas en la sociedad norteamericana y su cada vez más evidente carácter empresarial, también han influenciado a las ciencias sociales. Sin pretender negar u omitir la seriedad y excelencia académica de muchísimos investigadores y profesores que laboran en diferentes universidades de ese país en el área de las ciencias sociales, no es menos cierto que un significativo número de ellos han optado por la misma modalidad *paparazo* en sus análisis. Por ejemplo, una vez introducido un corte histórico en un proceso social cualquiera, el investigador se concentra en recopilar una serie de elementos espectaculares que le permita preparar una publicación que atraigan la atención de los posibles lectores, de modo que la obra final se transforme en un bestseller académico que se proyecte al mercado —vía conferencias, invitaciones para hablar sobre el tema, artículos para diarios y revistas, consultor, etc. Interpretaciones psicológicas, emocionales, individualistas, la mayoría de las veces irrelevante al estudio, constituyen la tónica de la presentación de este tipo de discurso o trabajos.⁴

En el proceso de precisar **que** es un análisis histórico-social y **como** realizarlos nos enfrenta a dos grandes problemas. El primero se refiere a **los niveles abstracción** desde el cual se analiza la sociedad y la historia. En este caso debemos tener presente que el estudio de la sociedad puede y debe realizarse a través de diversos niveles de abstracción. Señalemos los más importantes.

- La realidad puede ser analizada a partir de elementos simples que buscan reconstruir al nivel del conocimiento una explicación de sus fluctuaciones y articulaciones fundamentales. En otras palabras, es un esfuerzo de aprehender la totalidad de la realidad y su dinámica.
- Los niveles de análisis menos abstractos incluyen una mayor cantidad de elementos de la realidad, enfrentándonos a una totalidad cada vez más compleja, la cual requiere ser sintetizada en sus múltiples aspectos.
- Cada nivel de análisis, por su parte, requiere de formulaciones teóricas específicas ya sea redefiniéndolos, como a la vez, desarrollando cuerpos teóricos más generales y abstractos.

El segundo elemento incluye el **establecimiento de períodos** de los procesos sociales sometidos a estudio. Este aspecto de la investigación guarda una relación directa con la necesidad de determinar criterios teórico y metodológicos que permitan introducir cortes en los procesos históricos, con el objetivo de constituir unidades particulares de análisis—evitando de este modo caer en la metodología del “salame” ya mencionada.

Sin lugar a dudas, existen diferentes marcos teóricos de referencia para realizar los estudios sociales. Sin embargo, el problema reside en evaluar las posibilidades que dichas teorías tienen para proporcionar una metodología que permita una aproximación más o menos ajustada al objeto de estudio. Sin negar la enorme importancia de los elementos y procesos que ocurren y desarrollan al nivel de la superestructura tales como la ideología, conciencia de clases, creencias, valores y otros elementos, cualquier análisis social serio debe plantearse, en primera instancia, las formas en que los miembros de una sociedad tienen puestos los pies en la tierra. Incuestionablemente *los seres humanos se organizan alrededor de los procesos productivos de sus sociedades*.

Así, por ejemplo, entender la categoría de cultura desde el paradigma del materialismo histórico abarca dos aspectos. Uno de ellos se refiere a la *investigación científica*, en donde la definición del concepto de cultura misma permite la implementación de una metodología congruente para las disciplinas de las ciencias sociales que se ocupan del estudio de este aspecto de la sociedad. El otro elemento se refiere a la *instrumentalización del conocimiento* así obtenido, lo que posibilita el análisis de las particularidades de los procesos sociales a través de sus diversas etapas transformativas, enriqueciendo el manejo de las relaciones fundamentales que operan en todo hecho histórico.⁵

Resumiendo, digamos que *el conocimiento de la realidad—ya sea bajo la forma de historia, arqueología o cualquiera otra disciplina social—es un verdadero descubrimiento y no la aceptación de lo primero que se nos presenta cada vez que “abrimos la ventana para mirar lo que hay afuera”*. En otras palabras, el conocimiento es un esfuerzo de creación por parte del investigador. Lo anterior nos indica que en materia de conocimiento la realidad no se presenta por sí sola, siendo, por lo tanto, necesario *interrogarla*. Sin embargo, una vez que ésta se hace presente al investigador lo realiza de una manera distorsionada, confusa y cambiante. Por esta razón, para interrogarla adecuadamente se requiere de *categorías y conceptos*, organizados y jerarquizados, los cuales dan origen a los planteamientos teóricos. La ingenuidad académica de estudiar la realidad sin una base teórica-metodológica conducirá al investigador a obtener solamente respuestas obvias, pintorescas, anecdóticas y tergiversadas—el típico *paparazo* intelectual.

LOS CONCEPTOS

Muy pocos discutirán a esta altura que una de las premisas elementales en un estudio científico serio, comienza con una rigurosa definición de los conceptos y las categorías utilizadas para dar cuenta del proceso social que el investigador intenta analizar. Recordemos que un concepto es *una idea abstracta*

que representa un aspecto del mundo social de una manera ideal y simplificada —clase social, religión, conciencia social, por ejemplo. Los conceptos tienen un valor el cual puede variar de caso en caso, tal como ocurre con los precios de los diferentes items de un supermercado. Los científicos sociales utilizan el término *variable* para indicar que un concepto tiene una significación diferente de un caso a otro, una situación que permite *medir*, es decir, *determinar el valor de una variable en un caso dado*. Sin embargo, no todas las variables son fácilmente medibles, requiriendo que éstas sean *operacionalizadas* para cumplir las funciones para las cuales fueron creadas por el investigador (Macionis, op. cit., 33).

De acuerdo a nuestro ejemplo anterior supongamos que definimos las categorías del concepto cultura como *el conjunto de formas y elementos singulares que presentan los diferentes hechos sociales que ocurren en una sociedad como resultado de la búsqueda de soluciones históricas a sus problemas generales concretos de desarrollo*. Dichos problemas concretos de una formación económica-social— los cuales ocurren debido a la acción transformadora de la naturaleza por parte de la sociedad— contienen los elementos fundamentales que corresponden a las diversas *formas de cultura*. En otras palabras, *toda sociedad adquiere una expresión concreta bajo la forma de cultura*.

La forma cultural, entonces, es la expresión concreta del ser y su forma social en cada grupo humano y, en general, en cada sociedad. Las modalidades particulares de una cultura se manifiestan a todo nivel: desde el comportamiento de los individuos y el resultado de sus acciones concretas, hasta la valorización que el resto de la sociedad y sus organismos reguladores tienen de dichos comportamientos. De allí que las manifestaciones culturales compartidas socialmente, no sólo son reflejos de esfera ideológica e institucional, sino que, también, se presentan y originan en la práctica concreta de los individuos, cuyas acciones fundamentales se realizan a través de las relaciones que generan entre sí en *un sistema productivo*.

La sociedad es un fenómeno único, siendo por lo tanto muy difícil separar sus diferentes aspectos. Sin embargo, metodológicamente, para efectos de investigación, es posible abstraer algunas de las categorías del fenómeno que se desean estudiar. Lo anterior, sin embargo, requiere una explicación acabada y rigurosa por parte del investigador en aras de la comprensión y evaluación de los resultados obtenidos que, al ser parte del análisis social, están sujetos a la evaluación, escrutinio y, crítica de otros investigadores y científicos sociales.⁶

Los conceptos, es decir, nuestras herramientas esenciales del trabajo investigativo, también pueden utilizarse para manipular la realidad a través de una serie de maromas epistemológicas, de acuerdo a los intereses de los grupos sociales dominantes de una sociedad. La deformación ideológica e interpretativa de la realidad, niegan, ocultan, confunden o tergiversan las relaciones objetivas de los fenómenos sociales y culturales que rigen y explican el funcionamiento de una sociedad.

En el caso de CPNS-95, los conceptos "centro" y "periferia" los cuales se proponen como elementos centrales para el análisis de Europa y la región denominada como Nueva España durante los siglos 14 al 16, no aparecen claramente definidos y en algunos casos la paternidad le fueron atribuidos— erróneamente— a Wallerstein (1988)— probablemente porque fue el primero que lo utilizó en Inglés. Lo europeo corresponde al "centro" mientras que la Nueva España es la "periferia". Ambos conceptos, sin embargo, parecen ser no tan rígidos debido a que los charlistas anglos también los utilizaron para referirse a la relación entre Ciudad de México y los territorios que hoy día forman parte de Nuevo México y otras regiones. En ese sentido, todas las regiones en donde se centraliza el poder de los conquistadores también pasan a ser "centros" y las regiones sujetas a su control son a su vez "periferias". Así, entonces, tenemos una forma de reacción en cadena de centros y periferias, de una manera piramidal, sin que nos permitan distinguir las singularidades de los procesos culturales de esas regiones en relación a sus sociedades, y quizás lo más importante, su integración en orden económico mundial.⁷

LA SOCIEDAD COMO PROCESO HISTÓRICO

La historicidad de los procesos sociales han pasado a constituir uno de los elementos principales de los estudios de la realidad latinoamericana, pudiendo señalarse tres aspectos centrales en el proceso de "historizar" el conocimiento.

1] Tanto los conceptos como las formulaciones teóricas que se originan a partir de ellos para dar cuenta de la realidad, son *limitados* o *cambiables*, debido a que corresponden a momentos históricos particulares. Por esta razón, puede ocurrir que dichos conceptos o formulaciones teóricas sean reformuladas o simplemente dejadas de por lado en la medida que nuevos elementos científicos se incorporan al análisis.

2] Un otro aspecto en la tarea de "historizar" el conocimiento implica entender a los procesos y organizaciones sociales como elementos cambiables, en continuo movimiento, **como un proceso**. Es decir, se gestan, nacen, se desarrollan y finalmente desaparecen, en la misma forma que ocurre con un ser humano. Lo importante entonces es identificar la etapa correspondiente del proceso en estudio para dar cuenta de sus características. De este modo, *lo único permanente en los procesos históricos es el cambio*. Por ejemplo, parte importante de la polémica entre un gran número de cientistas sociales de América Latina con los economistas neoliberales y neopositivistas del Primer Mundo consiste en criticar la falta de historicidad en sus análisis los cuales presentan los movimientos de la economía mundial como simples modalidades de producción o de mercado, totalmente separados de los procesos políticos y sociales en que se generan y desarrollan.

3] El otorgarle un carácter histórico al estudio del conocimiento tiene un significado que no puede ser dejado de por lado por el investigador social. Por el contrario, a través de este proceso es posible descubrir nuevos elementos o aspectos fundamentales que permiten comprender el presente como las tendencias futuras del fenómeno social en estudio. Si nos preocupa el estudio del "centro" y la "periferia", por ejemplo, debemos considerar las regiones que los conforman, sus características y diferencias, los sectores sociales que participan, sus orígenes como clase social y sus relaciones con los sectores productivos, tradiciones culturales e ideológicas, estructuras sociales, políticas y religiosas, entre otras. En resumen, se debe abordar el tema como un proceso en formación. Lo anterior evita que nos quedemos atrapados en simplismos teóricos en donde los conceptos generales se convierten en situaciones abstractas y vacías de contenidos concreto al no incluir las características específicas y relevantes del objeto que vamos a estudiar —la hispanidad, por ejemplo. En otras palabras, *no existen verdades abstractas; la realidad nos muestra que estas son siempre concretas*.

A partir de esta situación, digamos que la simple recopilación de datos históricos sobre un conquistador, un pueblo o una clase social no es suficiente para alcanzar su conocimiento si dichos datos no están vinculados entre sí con el resto de la totalidad social. Así, el "centro" y la "periferia" no sólo serán vistos como dos regiones geográficas diferentes, pero al mismo tiempo se pueden observar sus relaciones económicas, políticas y sociales con el Estado y otras organizaciones formales tanto en España como en la Nueva España, etc. Esto no significa sostener que cada investigador tenga que estudiar cada uno de los elementos de la totalidad social que se relacionan con el tema de nuestro estudio para evitar que el resultado de su trabajo sea considerado como no científico. Sin embargo, ciertos elementos tales como la economía, el Estado u otros, pueden ser recolectados de otros estudios y conectados con nuestros objetos específicos que estamos analizando.

Ahora bien, los enfoques y paradigmas teóricos disponibles a los investigadores sociales para explicar las sociedades, sus estructuras, dinámicas y modificaciones, son muy variadas. Frente a esta variedad de alternativas teóricas es necesario decidir acerca del modelo a elegir en el esfuerzo de conocer un determinado proceso histórico-social. Sin embargo, *no todos los modelos teóricos permiten explicar con la misma exactitud, calidad y cantidad los fenómenos y hechos sociales de una sociedad*. En este sentido existen formulaciones teóricas que amplían el campo de estudio permitiéndonos, de este modo, profundizar en las raíces de los procesos que estamos analizando.

Lo anterior significa establecer jerarquizaciones en las diferentes corrientes teóricas, una situación que nos permite, al mismo tiempo, entender que a partir de ellas se pueden alcanzar niveles de conocimiento. En efecto, a partir de un análisis empírico de una sociedad es posible recopilar una serie de datos acerca de ciertos aspectos de la misma —por ejemplo, un censo de población en una región o década determinada. Ahora bien, si el estudio se detiene en ese nivel, sin lugar a dudas obtendremos un conocimiento parcial y limitado, pudiendo ser enriquecido sólo en la medida que combinamos o comparamos dichos datos o información censal empírica con los movimientos sociales de la población, sus crisis y conflictos, avances, estagnación y desarrollo. Es aquí, donde algunas interpretaciones teóricas, tales como el estructural-funcionalismo, comienzan a mostrar sus debilidades debido a que en su aplicación conceptual y metodológica no incluyen o prestan muy poca atención a este tipo de categorías analíticas, especialmente en lo referente a cambio social. Lo mismo ocurre con algunas formulaciones weberianas, las cuales basadas en “modelos ideales”, es decir, una separación absoluta de la realidad y la creación de articulaciones teóricas, intentan someter los procesos histórico-sociales concretos a los parámetros de un marco referencial construido “idealmente” por el investigador.⁸

Por estas razones no es extraño observar la rápida importancia adquirida por los estudios del marxismo en América Latina entre la década de los sesenta y los ochenta, incluyendo a sectores no marxistas como iglesias, gobiernos y políticos, quienes recurrían a las categorías y conceptos de esta disciplina en sus estudios. Sin lugar a dudas, esta corriente analítica fue y continua siendo ampliamente utilizada en los estudios sociales por una serie de ventajas operativas y más importante, explicativas que ocurren en el continente y su inserción en el capitalismo mundial.⁹

Finalmente, sostengamos que si bien es cierto que las diversas corrientes teóricas, de una manera u otra, permiten aproximarnos a algún tipo de conocimiento de la realidad, no es menos cierto que constituye un serio peligro el mezclar categorías y conceptos de diversas fuentes bajo la errónea creencia de llenar ciertos vacíos y enriquecer los marcos teóricos de la investigación. Esta corriente, a veces muy frecuente en los estudios sociales, se denomina **eclecticismo**, es decir, *la combinación de categorías provenientes de distintos marcos teóricos*. Lo anterior no permite superar las debilidades teóricas encontradas en el análisis social, sino que por el contrario, los reproduce bajo otras formas. Recurrir al eclecticismo significa cerrar la puerta a uno o varios problemas en la investigación que, por el contrario, deberían quedar abiertos, es decir expuesto a la búsqueda de una respuesta teórica apropiada.¹⁰

En las páginas que siguen presentamos una propuesta analítica e interpretativa diferente a la versión oficial ofrecida durante el CPNS-95. Al hacerlo, quisiéramos señalar algunas contradicciones conceptuales-metodológicas a partir de una serie de hechos históricos. Dentro de ese contexto intentamos aproximarnos al estudio de la formación y desarrollo del sistema capitalista y el rol que le correspondió al imperio español en este proceso productivo. Esta metodología, pensamos, permite comprender el contexto y proceso histórico en el cual se desarrolla la ideología del conquistador que más tarde llegaría a conquistar las diversas regiones del continente americano.

LA FORMACIÓN DEL CAPITALISMO

Históricamente, el desarrollo del capitalismo ha ocurrido en etapas, cada una de ellas caracterizadas por diferentes niveles de madurez y reconocibles por sus diferentes formas de manifestarse. Así, por ejemplo, Marx en su paradigma teórico del materialismo histórico nos habla de la acumulación originaria para referirse a la etapa inicial o *prehistoria* del modo de producción capitalista. Para que esto ocurra, es necesario observar dos importantes procesos: a] La separación total de los trabajadores de sus medios de producción—herramientas, equipos, etc.—y su consecuente transformación en bienes de capital; b] La transformación de los antiguos propietarios de bienes de producción en trabajadores asalariados. En este sentido, los sistemas sociales no existen en formas “puras” en ningún período y es posible entonces encontrar una combinación de modos de producción en donde uno de ellos actúa como dominante.

Mirado desde esta premisa, el “descubrimiento” de América coincide con el proceso de disolución del feudalismo y su correspondiente sistema productivo y de relaciones sociales. Recordemos que el sistema feudal se caracterizaba por sus relaciones de tipo servil y una economía agraria y artesanal basada en el intercambio de bienes y servicios. Alrededor de la mitad de la Edad Media, pagos en dinero se convirtieron en el sistema más común de las transacciones de la época. Este sistema productivo y social alcanzó su cúspide durante los períodos comprendidos entre el siglo nueve y el once, en donde una serie de factores contribuyeron a su declinación. Analicemos brevemente algunas de ellas y sus efectos en España para observar la operacionalización de las categorías conceptuales y metodológicas a partir del paradigma del materialismo histórico.

Capitalismo y unificación territorial

Debido a su ubicación estratégica en el Mediterráneo, España y Portugal fueron una de las primeras regiones en donde se comienza a producir una transformación gradual del feudalismo generando en su interior los primeros albores de capitalismo. En ese sentido, los reyes cristianos tomaron en sus manos la tarea de unificar los territorios bajo el control de los árabes ayudados por un grupo de comerciantes que se beneficiaban comerciando a través del Mediterráneo. Los sectores ligados al comercio proporcionaron gran parte del financiamiento requerido para la unificación, emergiendo en la mayoría de ellos importantes sectores burgueses pro industriales. Lo anterior explica que durante este período dichos sectores obtuvieran una serie de ventajas políticas tales como la representación en las Cortes (1238), y luego, en 1527 en las municipalidades (Vitale: 1971:121).

El origen del sector mercantil español se origina y desarrolla a través de las relaciones comerciales establecidas con las regiones del Atlántico Norte, y varios puertos en el Mediterráneo —Lisboa, Marsella, Génova. Durante el siglo doce, Barcelona se convirtió en el principal centro de operaciones de las expediciones ultramarinas del mundo antiguo. La dinámica alcanzada por el capital comercial actuó, entonces, como un importante elemento de transformación del sistema feudal a través del financiamiento de nuevas industrias. Así, durante el siglo quince 50.000 obreros trabajaban en las industrias textiles en España. Más aún, bajo el reinado de Carlos V, Sevilla tenía 15.000 telares y 130.000 trabajadores que suplían tanto la demanda interna como externa de estos productos (Ibid:120).

Durante el siglo quince el capitalismo observado en las diversos territorios de Europa presentaba diferentes niveles de desarrollo. Por una parte, España había demostrado su inhabilidad para transformar la fase comercial en una industrial, tal como había venido ocurriendo en las épocas anteriores. Por el contrario, después de la consolidación de sus sectores comerciales y el desarrollo del sistema mercantil, Francia e Inglaterra iniciaron un proceso de industrialización que les permitió aumentar sus fuentes de acumulación de capitales, primero en sus respectivos países y luego en los mercados externos. Lo anterior fue posible debido a que la unificación de los territorios tanto en Francia como en Inglaterra — y otros países europeos— fue sólida, a través de la alianza entre la burguesía y los reyes. La unificación territorial fue seguida por medidas políticas internas que aseguraron la consolidación de la burguesía como clase dominante y la aplicación de rígidas leyes proteccionistas orientadas a salvaguardar la industria nacional, estimular la demanda interna, y estimular la expansión del mercado. En otra palabras, este proceso se convirtió en un mecanismo para robustecer la etapa manufacturera, expropiar a los trabajadores independientes de sus bienes de producción, organizar un poderosa fuerza laboral asalariada, una situación que permitió abreviar la transición del feudalismo al capitalismo (Le Riverend:1967:130).

El proceso de unificación de los territorios españoles fue diferente al del resto de Europa. En el caso de esta nación el proceso fue sólo parcial y territorial debido a la diversidad de intereses comerciales en juego—recordemos que la unidad territorial de España se logró solamente en el año 1492, con la conquista de Granada. Durante la reconquista las regiones ocupadas por los árabes fueron distribuidas entre miembros de la nobleza y la Iglesia quienes continuaban operando como señores feudales en vez de promover la industrialización tal como venía ocurriendo con el resto de los países europeos. De esta

manera se impuso una poderosa, pero improductiva, burocracia junto a un riguroso sistema tributario para financiar el enorme presupuesto militar, la administración imperial y a sus clases parásitas —la nobleza y el clero. La alianza entre la Iglesia y El Estado, como dijéramos, fue poderosa teniendo en el Islam un enemigo común.

El descubrimiento de América, ocurrido el mismo año de la unificación territorial, acabó con el desarrollo industrial de España, acrecentó el poder real al independizarse de los sectores comerciales y proindustriales debido a la enorme cantidad de riquezas y productos extraídos de las colonias americanas. Este elemento otorgó al Estado español un enorme carácter conservador en un época de drásticos y dinámicos cambios sociales y productivos. El proceso de estagnación de España termina de afianzarse cuando el mismo año 1492 se dicta el decreto de expulsión de los judíos, privando al imperio de su sector proindustrial más dinámico, de los científicos y comerciantes más connotados.¹¹ Los bienes y artículos manufacturados requeridos por España y sus colonias comenzaron a ser adquiridos en otros países europeos, a través de los oficios comerciales de los italianos, quienes pasaron a controlar dicho sector de la economía del imperio español.

Financiamiento de expediciones marítimas

Insistamos en que España fue una de las primeras regiones en donde el sistema feudal europeo comenzó a evolucionar hacia un modo capitalista de producción, a través de las relaciones comerciales establecidas con otros puertos en el Mediterráneo, el Atlántico Norte y el Medio Oriente. Así, durante el siglo doce y trece los comerciantes españoles habían establecido importantes conexiones con otros centros mundiales de la época, por lo que la tarea de la unificación de los territorios y la industrialización adquiriría una primordial importancia. Estas relaciones comerciales, no pueden ser descritas como capitalista propiamente tal, pero ciertamente contribuyeron a su formación y expansión a través de la presión que éstas pusieron sobre la industrialización—la prehistoria del capitalismo.

El floreciente sistema mercantil de la época, sin embargo, comenzó a experimentar problemas debido al rápido avance del imperio Turco, el cual paulatinamente había ganado posesión de los territorios controlados por el Imperio Árabe y anteriormente por Egipto y Asia Menor. En 1453 los Turcos se apoderan de Constantinopla, el último bastión del Imperio Romano, creando un gran problema comercial al cerrar el tráfico marítimo entre el Mediterráneo y el Atlántico, con la excepción de los genoveses y venecianos. La crisis comercial e internacional provocada por los Turcos obligó al resto de las naciones europeas que comerciaban por el Mediterráneo a financiar expediciones para encontrar rutas alternativas para normalizar el comercio marítimo y obtener nuevas riquezas para las cada vez más competitivas a las emergentes naciones-estados de Europa. Estas expediciones fueron financiadas por sectores ligados al comercio y grupos de banqueros, quienes de simples prestamistas e intermediarios mercantiles se habían convertido en los financistas más importantes de empresas comerciales y manufactureras (Gilbert et al.,1979:17).

Con la creación y establecimiento de sociedades comerciales y financieras como la Liga Anseática durante el siglo quince se perfeccionó notoriamente el sistema de transferencia de capitales y créditos en Europa originando no sólo una dinámica actividad productiva y comercial, sino que, también, una rápida evolución de sus poblaciones y ciudades. Bancos como la Casa de San Jorge en Génova, la Casa de Sorazo en Venecia, y la Casa de Médicis en Florencia, combinaban operaciones similares de compra y venta de bienes y artículos junto al financiamiento de nuevas empresas.

El sector comercial español también se integró a este proceso económico en expansión, asociado con banqueros germanos y fundamentalmente genoveses, interesados en encontrar una nueva ruta hacia Las Indias. Contrario a las interpretaciones sensacionalistas de los paparazos de la academia que enfatizan el romanticismo y altruismo tanto de Isabel de Castilla y Cristóbal Colón, esta empresa no habría sido posible sin la participación de los banqueros europeos. Las necesidades de continuar y expandir el proceso de acumulación a escala mundial interrumpido por los Turcos, requería de la expansión geográfica y reactivación de las actividades comerciales y productivas europeas. Así, la

expedición que trajo a Colón a América fue financiada por mercaderes españoles quienes invirtieron dos millones en oro, y de los cuales más de la mitad provenían de un préstamo otorgado por los empresarios agrupados en la Sagrada Hermandad. El resto fue cubierto por el español Martín Alonso Pinzón, el comerciante más rico de Puerto de Palos. Algunos autores como Volodia Teitelboim (1943) sostiene que la expedición de Colón también fue también financiada por los mercaderes genoveses Di Negro y Georgia y el banquero florentino Juanoto de Berardi.

La expedición de Colón fue, sin lugar a dudas, representa la culminación de una de las más exitosas inversiones comerciales y el comienzo de otras empresas marítimas similares que inundarían Europa de oro y plata, junto a productos y materias primas que hicieron posible el desarrollo pleno del capitalismo a través de su etapa mercantil y más tarde, su fase industrial. Durante el mismo período, en el año 1502, los portugueses navegando hacia el sur del Atlántico descubrieron nuevas rutas para alcanzar las costas de África. El comercio iniciado entre portugueses y las colonias africanas originó fuertes crisis en las economías venecianas y genovesas, al desplazar a los mercaderes locales que realizaban labores de abastecimiento y transporte de productos hacia Europa a través del Mediterráneo. Así, el tráfico comercial que se establece a partir del arribo de los portugueses a las regiones del África originó un rápido decaimiento y deterioro económico de las ciudades italianas en el Mediterráneo, las cuales, hasta ese momento, habían mostrado un alto desarrollo comercial dentro del proceso del capitalismo primitivo-mercantil observado en Europa en ese período.

¿QUIÉN ERA EL CONQUISTADOR?

Esta pregunta elemental para entender la conducta y las motivaciones del conquistador en su propio contexto europeo es comúnmente rehuída por el estructuralismo reemplazándola por una narrativa descriptiva más que analítica. Una de las mayores diferencias entre estos enfoques eurocéntricos de la academia norteamericana y la de los investigadores latinoamericanos es que los primeros separan los hechos políticos de los económicos en aras de una supuesta especialización analítica. Así, dichos estudios se realizan en formas paralela y muy raras veces se juntan para dar cuenta de algún fenómeno social. Este reduccionismo histórico presenta sólo un versión parcial de la totalidad del problema lo que lleva muchas veces a confundir el significado de las acciones y sucesos que se intentan estudiar o describir.

Para responder a nuestra pregunta ¿Quién era el conquistador? necesariamente debemos entender que nos encontramos frente a un complejo y contradictorio *proceso histórico*, que requiere ser analizado en relación a las variables de tiempo y lugar donde estos ocurrieron; insistamos, *históricamente*. Pero, el análisis de las relaciones entre el conquistador y su misión no significa relativizar los hechos históricamente observables como las matanzas de indios, tipos de religiones, culturas o sistemas productivos, a simples formulaciones descriptivas o narrativas, amparadas en una farisaica objetividad académica. Tampoco significa acusar a España o Portugal de crímenes de lesa majestad, sino que entender que ambos países fueron el instrumento del que se valió el sistema capitalista durante su fase mercantilista o mejor dicho, en el período de *la acumulación originaria del capital*—para muchos considerada como el pecado original de la civilización moderna.

La huella del conquistador

Durante muchos siglos, Gibraltar constituyó el único centro geográfico de entrada y salida de las numerosas expediciones que unían el Mediterráneo, y por lo tanto Europa, con Asia y África—*Mare Nostrum*. Así, España constituía una especie de callejón en donde el tráfico entre las diversas regiones del mundo de esa época se iniciaban o terminaban, dando la impresión de ser el centro de la tierra. La cultura de lo que sería España se gestó, entonces, basado en esta situación privilegiada de su ubicación geográfica. Allí florecieron dos sectores sociales: aquellos compuestos por iberos y los de las regiones del Mediterráneo. Los primeros llegaron a la península ibérica cerca de dos mil años antes de Cristo y luego se juntaron con los célticos alrededor el año 900 A.C., dando origen a la cultura celtibérica, profundamente agraria y aisladas en el interior. El sector mediterráneo, por su parte, comenzó con los

fenicios unos mil años antes de Cristo, dando paso a una cultura basada en el comercio exterior y abierta a otros mundos. Los fenicios y luego los griegos establecieron centros comerciales alrededor de lo que hoy se conoce como los puertos de Cádiz y Málaga, observándose un abierto contraste entre la región interior y la Mediterránea.

Una vez que los griegos abandonaron España, ésta pasó a ser el foco de atención por parte de Cartago, en África y Roma, en Europa, los dos imperios más poderosos de la época. Vía el Mediterráneo, España se transformó en el trampolín indispensable para la conquista de Europa por parte de los cartaginenses comandados por Aníbal. Las sucesivas victorias de los invasores africanos convencieron a los romanos de la importancia logística de conquistar España para detener su avance. A partir del año 200 D.C. Roma se transformó en el eje de la Península Ibérica hasta antes de las invasiones musulmanas que concluyeron con la conquista definitiva de España por parte de los árabes, en el año 711 D.C. Sin embargo, la Península Ibérica era el granero de Roma y la provincia más rica, leal y romanizada del imperio.

La descomposición del Imperio Romano, que durante 1000 años había dominado el mundo antiguo, debilitó a España dejándola expuesta a una ola de invasiones por parte de otros imperios y civilizaciones. Este vacío fue llenado por los bárbaros provenientes del norte y los cristianos desde el este.

Los primeros cristianos llegaron durante el primer siglo de la era presente seguidas por una ola de invasiones durante el siglo VI por parte de los suevos, alanos y vándalos, provenientes desde Galia y Germania. Una serie de conflictos entre los nuevos invasores terminaron con los visigodos instalados en el poder, cristianos de nombre pero bárbaros de hecho. En una verdadera lucha en contra de las herejías que caracterizaron a los visigodos, el cristianismo continuó creciendo y asentándose firmemente entre el pueblo, incluyendo a mujeres que rehusan el matrimonio para dedicarse a la adoración de Cristo (Fuentes: 1992: 48).

Debido a las múltiples guerras por la sucesión al trono, los gobernantes visigodos comenzaron gradualmente a relegar la administración pública en la Iglesia, originando de este modo una continua intervención de ésta en los asuntos políticos del Estado, una característica que se asentó muy fuerte en España y más tarde en América Latina. A partir de la reunión del concejo católico de Toledo celebrado el año 598, el rey Recaredo—convertido al catolicismo—reafirmó dicha religión como la oficial del imperio. De acuerdo al mejicano Carlos Fuentes, El Obispo de Sevilla, Isidoro—el personaje español más importante del período que va entre la caída de Roma y la invasión árabe—fue el elemento central en la restitución de la continuidad jurídica y política tanto de la Iglesia como del Estado español.

En efecto, como resultado de la caída del imperio romano y su correspondiente aparato burocrático, los obispos se transformaron en los verdaderos administradores del imperio, facilitado por la incompetencia y las crisis que afectaban a los monarcas godos en el poder. Utilizando esta ventaja, junto a su poder político, el Obispo Isidoro decretó la unión del Estado con la Iglesia Católica. en donde el primero se subordinada a la Iglesia en materias espirituales y la Iglesia al Estado en asuntos de índole secular. Sin embargo, el nuevo orden también establecía que tanto la Iglesia como el Estado podrían intervenir en los terrenos del otro cuando fuera necesario, para evitarse que se produjera un vacío de poder. En dos siglos de dominio visigodo se sucedieron treinta reyes con sus correspondientes crisis, rivalidades y matanzas internas, permitiendo que la Iglesia fuera un actor permanente y muy influyente en los asuntos públicos del imperio. Cerca de un siglo más tarde, España enfrentaría una nueva amenaza, esta vez por parte del Islam.

Ocho siglos después de la muerte del profeta Mahoma, el islamismo alcanzó su cúspide religiosa y política, conquistando Egipto, Túnez y luego, en el año 698 expulsó a los bizantinos de Cartago, el antiguo centro imperial de África del Norte. En el año 711, Tarik al mando de un poderoso ejército invadió España controlada por los godos, permaneciendo en la Península Ibérica por casi ocho siglos.¹²

La resistencia cristiana al Islam se organizó en las montañas de Asturias y se expandió hacia el resto de España a través de varios siglos de confrontaciones militares. Las continuas crisis y fragmentación del Estado musulmán en diminutos reinos permitió finalmente a los cristianos derrotar a los moros en la batalla de Las Navas de Tolosa en el año 1213, quienes se retiraron y concentraron en la ciudad de Granada hasta 1492, cuando fueron finalmente derrotados y expulsados por las fuerzas militares del ahora poderoso Imperio Español.

Durante este período es posible observar una experiencia intercultural interesante en donde la división entre cristianos y musulmanes no era muy clara. De este modo existían los *mozárabes* —cristianos que adoptaron la cultura islámica sin convertirse a esa fe. Los *mudéjares*— moros que vivían como vasallos de los cristianos. Los *muladíes* —cristianos que se convirtieron al islamismo. Los *tornadizos*— moros convertidos al cristianismo. Finalmente, los *enaciados*—grupo que fluctuaba entre ambas religiones de acuerdo a sus conveniencias. La influencia de este contacto cultural se refleja incluso en el idioma español, en donde un cuarto del vocabulario utilizado contiene palabras de origen árabe. Sin embargo por casi ocho siglos la España cristiana concentró sus esfuerzos en combatir a los moros, un período que la historia designa como la Reconquista.

El Islam, basado en el concepto de *jihad*, aceptaba la guerra santa, en donde el ascetismo religioso y la guerra en contra del infiel eran componentes integrales de la política islámica. En ese sentido los moros combinaban un ferviente fe religiosa con un alto espíritu guerrero que los hacía temibles en los campos de batalla. La fe cristiana, por su parte, no autorizaba a sus clérigos para involucrarse en actos bélicos y de violencia, pero a partir del año 711 y como una medida de responder a la invasión islámica, dio paso a la militarización de la Iglesia. Según Carlos Fuentes en el siglo once, los ejércitos del norte de España estaban formados por grandes cantidades de monjes que se habían transformado en soldados. *La identificación entre guerra y religión, un factor extremadamente preponderante durante la conquista de América, se gestó entonces a partir de esta noción (Ibíd.:63).*

Ordenes militares formados por monjes y frailes militantes tales como las Calatrava, Santiago y Alcántara fueron creadas para combatir a los moros, financiadas y unificadas bajo el mando y control de la Monarquía. Esta característica se afianza a través de la creación de figuras religiosas tales como Santiago Matamoros, inspirador de la resistencia popular en contra de los árabes y que profundizó la convicción por la reconquista. En esta figura se combinan factores espirituales de la fe y la guerra de los cristianos, motivados por la creencia popular—incorrecta—de que el apóstol Santiago era el “hermano gemelo de Cristo” enviado a España, quién se había convertido en un feroz guerrero en contra de los moros. Así, si el apóstol Santiago estaba con los españoles cristianos también lo estaba Dios, otorgándole a la guerra de liberación un carácter igualmente sagrado, como los musulmanes.

En el año 1248, el rey Fernando III capturó la ciudad de Sevilla, procediendo a expulsar a cien mil moros que habitaban en ella, instaurando una monarquía que perduraría por muchos años y la cual jugaría un rol central en la Reconquista de España y el Descubrimiento de América. En una abierta lucha política de palacio en contra de Juana La Beltraneja—nombrada heredera a la corona por Enrique IV—Isabel de Castilla, hermana del rey fue impuesta como reina gracias al apoyo decidido de la nobleza. Isabel contrajo matrimonio con Fernando de Aragón en 1480, un acuerdo nupcial conveniente que permitió la unificación de los importantes reinos de Castilla y Aragón. A partir de ese momento se gestó la misión final: conquistar el último baluarte de los moros localizado en la ciudad de Granada, meta que fue finalmente completada en 1492, el mismo año en que Cristóbal Colón incorporó América a la Corona española.

De este modo España lograba finalmente su ansiada unidad dando origen a un poderoso imperio que se convirtió en uno de los centros más importantes de Europa. La unificación de sus territorios, la derrota de los musulmanes, el Descubrimiento de América y la expulsión de los judíos, todas ellas ocurridas en el mismo año 1492, sin embargo, originaron, contradictoriamente, un relampagueante florecimiento de España, como a la vez, el comienzo de su estancamiento dentro del contexto del capitalismo mundial.

La derrota y expulsión de los musulmanes era un triunfo político-religioso no sólo para el Imperio Español sino que, al mismo tiempo, para toda la Europa cristiana. En efecto, la guerra había sido realizada en el nombre de cristiandad, por lo tanto el triunfo de España fue interpretado como el triunfo de esa religión. Desde un aspecto místico, el descubrimiento de América pasó a ser considerado como premio por parte de Dios a los Reyes Católicos por su cruzada en favor del cristianismo. Por esta razón la Monarquía española y sus colaboradores eclesiásticos pretendieron darle a la conquista americana un carácter *misional-religioso*, en donde los objetivos materiales de la misma aparecían como algo insignificante o si se quiere, secundario.

De acuerdo a Fernando Mires este sentido misional se puede apreciar claramente en el testamento de la Reina Isabel La Católica:

Cuando nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las islas y tierra firme del Mar Océano, descubiertas y por descubrir nuestra principal intención fue al tiempo que los suplicamos al Papa Alejandro IV, de buena memoria, que nos hizo la dicha concesión, de procurar inducir o atraer a los pueblos dellas, y los convertir a nuestra santa fe católica, y enviar a dichas islas y tierra firme prelados, religiosos y clérigos y otras personas doctas de Dios, para instruir a los vecinos y moradores dellas a la fe católica. . .(op, cit. 34).

El "nuevo mundo" era entonces, un premio divino entregado a la Corona española a través del representante de Dios en la tierra, el Papa Alejandro IV, como compensación por las pérdidas sufridas por la Iglesia Católica debido al avance de las corrientes protestantes. El cronista de la época Fray Bernardino de Sahagún se convirtió en un incansable majadero acerca de este último aspecto:

. . .Y en estas tierras, y con esta gente, ha querido nuestro Señor restituir a la Iglesia lo que el demonio le ha robado en Inglaterra, Alemania, y Francia, en Asia y Palestina, de lo que quedamos muy obligados de dar gracias y trabajar en esta su Nueva España.¹³

Este contexto explica entonces que la conquista del continente americano se iniciara enfocada desde dos puntos de vistas: uno religioso, orientado a la conquista de las almas y el otro material, orientada a la conquista de las riquezas y bienes materiales de sus habitantes. Sin embargo, entre ambas, no existía ninguna contradicción política, económica o ideológica.

La estructura social española

Una de los problemas mayores en los análisis de la España pre y post colombina ha consistido en explicar las conductas y acciones de los diversos segmentos sociales que componían la rígida estructura social del imperio. Las formulaciones analíticas derivadas de la corrientes estructural funcionalista y neopositivistas no han sido las categorías más apropiadas para examinar y comprender las clases sociales e ideología imperante en España, para entender el comportamiento de los conquistadores que llegaron a las Américas. Lo anterior fue muy evidente en las explicaciones de la mayoría de los charlistas que participaron en el CPNS-95.

Las dificultades provienen de la confusión o debilidad analítica del concepto de clase social utilizada por los funcionalistas. Sin lugar a dudas, el concepto de clase social es muy ambiguo y por lo tanto, puede tener diferentes significados. Debido a la fuerte influencia de la corriente estructural-funcionalista en las disciplinas sociales norteamericanas un gran número de investigadores asocian la clase social con ingreso económico, status, prestigio, educación, ocupación, entre otros. Como resultado, se proponen modelos que incluyen categorías designadas como clases altas, clases medias y bajas, junto a un conjunto de subcategorías tales como clase media-alta o clase media-baja, etc.

En esencia, la estratificación social, como se denomina esta modalidad, corresponde a la desigualdad social y que según los funcionalistas es algo necesario debido a que cumple una función positiva en el

mantenimiento y sobrevivencia de una sociedad. En efecto, la estratificación social motiva a los individuos a trabajar duro y de este modo ser premiados con una mayor compensación económica, prestigio y poder. Este premio social depende de la importancia de la ocupación o rol que la persona desempeña y el entrenamiento y habilidades requeridos por la profesión u ocupación. Por ejemplo, un médico recibe una mayor compensación social y económica que un recolector de basura porque su trabajo es más importante y requiere un mayor entrenamiento y habilidades. Lo anterior permite que el sacrificio individual promueva un tipo de movilidad social a través del sistema de estratificación o clases de la sociedad.¹⁴

Este tipo de análisis aplicado a las categorías históricas del período pre y post colombino en España nos pueden llevar a una confusión y error analítico al dar la impresión que cualquiera ciudadano en el imperio podía transformarse en un miembro de la nobleza si trabajaba duro. Quizás, este fue el pensamiento de los frailes y conquistadores que llegaron a las Américas, pero la realidad de la rígida estructura de clases en la España precolombina muestra otra cosa. De este modo, requerimos de un marco referencial más riguroso para comprender el comportamiento de los diversos sectores de la sociedad española tanto entre las clases sociales como al interior de éstas. Veamos esto con más detalle.

Uno de los charlistas del CPNS-95 presentó el siguiente esquema social de España previo al período en que Hernán Cortés comenzara sus incursiones en el Valle de México.

Aristocracia

5.000 magnates y obispos	0.07%
50.000 nobles militares	0.72%
60.000 nobles urbanos	0.85%
<i>subtotal</i>	<i>1.64%</i>

Clases Medias

70.000 clérigos	1.00%
160.000 gentes en sectores urbanos	2.30% (40 mil eran judíos conversos)
25.000 ricos y pequeños agricultores	0.35%
<i>subtotal</i>	<i>3.56% *</i>

Clases Bajas

850.000 artesanos y obreros de la ciudad	12.15%
5.780.000 campesinos	82.50%*
<i>subtotal</i>	<i>94.65%*</i>

* información no incluida en el esquema pero calculada a partir del resto de los datos

Resumiendo la información, durante este período España contaba con una población total de siete millones de habitantes en donde 115 mil personas (1.64%) pertenecían a la aristocracia; 255 mil (3.65%) a las clases medias; y 6.630 millones (94.65%) a las clases bajas. A partir de estos datos es posible observar la estructura social del imperio español, y tal vez formarnos una idea general de la concentración y distribución de la riqueza. Sin embargo, este tipo de categorías analíticas nos conduce a pensar, erróneamente, que tanto Cristóbal Colón como Hernán Cortés, pertenecían al mismo nivel social que el Obispo de Castilla o un Título de León porque ambos conquistadores habían sido *designados* miembros de la nobleza—hidalgos—por los Reyes de España en pago a sus servicios a la Corona.

Mirado desde una perspectiva diferente, podría argumentarse que la estructura social de España al momento de la conquista estaba construida sobre dos mundos diferentes: **el mundo internacional y su propio mundo**. El primero era parte del futuro mientras que el segundo pertenecía al pasado. En efecto, la afluencia de oro, plata y otras riquezas provenientes de la mal llamada Las Indias, acentuaron el marcado carácter parasitario de las clases ociosas de España.¹⁵ Si consideramos que del total de las riquezas que disponía España durante ese período, un tercio pertenecía a la Corona, otro tercio a la nobleza y el tercio restante a la iglesia, no es difícil identificar las barreras estructurales que le impedían abandonar el pasado y lograr una acertada y visionaria inserción en el futuro a través de la generación de un modelo económico acorde con la dinámica de la época (Vicens:1967:270).

Para formarnos una idea de la concentración de la riqueza en España durante ese período, el investigador alemán Hans Jürgen (1978:61) indicaba que de una población de casi 9 millones de habitantes, ubicados en los reinos de Castilla y Aragón, en el año 1542 se clasificaban como sigue: 0.8% pertenecían a la alta nobleza y un 0.85% a la aristocracia urbana. Estos grupos minoritarios eran propietarios de más del 97% del suelo de la península.

La irracionalidad del imperio español basado en profundas desigualdades sociales tenía sus orígenes en la existencia de un rígido poder central ejercido sobre clases sociales muy desvinculadas entre sí, haciendo prácticamente imposible cualquier tipo de movilidad social. Las clases en sí mismas se estructuraban en una serie de subclases internas que no permitía que éstas actuaran como tal, unidas, organizadas y motivadas por intereses comunes. En esta nefasta diferenciación interna de las clases se conjugan factores tanto religiosos—ser cristiano—como biológicos, representado por la herencia, es decir, poseer sangre limpia; en otras palabras, *no tener ascendencia judía o musulmana*. La pertenencia a una clase, entonces, se presenta como un hecho pre-determinado anulando toda posibilidad de un cambio social—movilidad—en la rígida estructura que impera en España durante este período.

En ese sentido, la nobleza era la clase más rígidamente dividida, lo que explica las diferentes conductas de sus miembros, incluyendo a aquellos que actuarían como conquistadores del “nuevo mundo”. De acuerdo a sus características, esta clase social se componía de cuatro sectores radicalmente diferentes entre sí: los Grandes, Los Títulos, los Caballeros y los Hidalgos.

Los Grandes

Desde un punto de vista económico, este sector social era el más poderoso. Al mismo tiempo era el grupo de la nobleza más cercano a la Monarquía, hasta el punto de ser considerados parte de ella. El poder e importancia de este sector de la nobleza provenía de los privilegios y beneficios obtenidos de la corona, lo que los transformaba en los más leales colaboradores de los reyes, facilitando, de este modo, la adhesión del resto de la nobleza. Al mismo tiempo que constituían una base social de apoyo de la Monarquía contribuían a amortiguar las tensiones y conflictos con los poderes locales, quienes frecuentemente cuestionaban el carácter absolutista y divino de la autoridad de la Corona en materias de tipo secular.

Al margen de su carácter parasitario esta fracción de clase era notoria por su alto nivel de consumo de artículos suntuarios y el derroche. A través del consumo ostentoso, la economía se debilitaba rápidamente impidiendo que los excedentes económicos se distribuyeran en tareas más productivas para el imperio y sus respectivos sectores sociales. Este sistema permitió que grandes sumas de los recursos generados terminaran en manos extranjeras, paralizaran la industrialización interna, preservando un sistema feudal en un continente en donde el capitalismo y la burguesía industrial avanzaban a un ritmo vertiginoso.

Los Títulos

Esta fracción de clases se confundía a veces con la de los Grandes. Sin embargo, cada Grande es un Título, pero éstos últimos no tienen cabido dentro de los primeros. En otras palabras, ser Título es

condición para la Grandeza, pero no lo contrario.

A diferencia de los Grandes los Títulos no estaban directamente vinculados a la Monarquía y su poderío provenía de la posesión y propiedad territorial más que de su cooperación con el poder central. Desde el punto económico también compiten con los Grandes en el derroche y consumo ostentoso contribuyendo, en la misma medida, a dañar el patrimonio nacional. Sin embargo, la importancia de esta fracción es también política debido a que al estar ubicados en diferentes regiones geográficas permiten compartimentar el reino a través de diferentes unidades administrativas a cargos de estos sectores, asegurando así la unidad territorial del reino. Entre más centralista es el reino, más requiere de poderes locales que sirvan de vínculos entre las distintas regiones y el aparato central. Esto explica que los poderes de este grupo aumentaran durante los reinados de Carlos I de España y luego con Felipe II, cuando el centralismo del imperio alcanzaron sus niveles más altos. (Chaunau: 1976: 239).

Los Caballeros

Este sector, evidentemente inferior a los restantes, representaban al sector más vinculado al Estado corporativista. En términos generales, es por medio de los Caballeros que la nobleza puede existir como clase debido a que tanto los Grandes como los Títulos envían a sus hijos a las ramas más prestigiosas del ejército—la caballería por ejemplo—mientras que los Caballeros esperan hacerlo en algún momento. Llegar a ser un Caballero es algo que no se nace sino que, por el contrario, es el producto de un esfuerzo riguroso y continuo. Esto explica que en esta fracción sea más evidente que en los otros dos grupos un fuerte sentido de pertenencia a una clase social.

Similar al Clero, los Caballeros se organizaban en órdenes, cada una con sus respectivos reglamentos y rituales basados en observaciones rigurosísimas de la fe cristiana y de la raza. Llegar a ser miembro de una Orden significaba alcanzar una elevada y prestigiosa posición económica y social, como a la vez, participar en diferentes campañas que les permitían aumentar sus riquezas materiales.

Las Ordenes nobiliarias aparecieron durante la Edad Media como organizaciones semi autónomas que autosubsistían económicamente a través de las acciones militares—los antiguos “señores de la guerra”—pasando a formar parte del Estado durante el reinado de Fernando el Católico. De esta manera, los Caballeros se transformaron en la fracción de clase más fanática de la Monarquía, es decir, los más realistas, los más católicos y racistas de la nobleza española; y tenían que serlo puesto que en todos sus aspectos dependían del Estado (Mires:1986: 26).

Los Hidalgos

Los Hidalgos —literalmente los hijos de algo— era la fracción más compleja de toda la nobleza. A diferencia del resto de los nobles el ser un Hidalgo estaba determinado fundamentalmente a partir del *linaje*, un término muy confuso, pero que significaba provenir de antiguas familias cristianas en la cual hubiera existido algún personaje importante en el pasado. Del mismo modo que los Caballeros, los Hidalgos debían proporcionar continuamente evidencias de sus linajes en contraste con los Grandes y los Títulos que necesitaban probar nada. Esta fracción estaba compuesta por personajes dispuestos de hacer los sacrificios más increíbles para servir al Rey y a Dios con el fin de encumbrarse a la nobleza, de acuerdo a la mentalidad de la época.

En un sentido estricto los Hidalgos constituían una fracción de clase representantes del pasado y que se oponían, casi sin darse cuenta, al nacimiento del capitalismo, impulsados por la obsesión española de acumular oro y riquezas para vivir en castillos señoriales en su calidad de miembros de la nobleza parasitaria del Reino. Pero estas riquezas no provienen del esfuerzo del trabajo productivo sino que más bien de la aventura y la rapiña, tal como ocurrirá en los nuevos territorios conquistados. Así, en 1541, por ejemplo, un 13% de las familias del reino no pagaban impuestos ni realizaban trabajos de ninguna especie (Ibíd.).

Las raíces de este comportamiento cultural tienen sus orígenes en el sistema de estratificación étnico-social de la época en donde los diversos oficios se realizaban con un notorio carácter racial o religioso. Los moros son los que trabajan la tierra, desempeñan oficios de zapateros, sastres, carpinteros, albañiles, arrieros, etc. Los judíos eran artesanos, industriales, comerciantes, médicos, boticarios y científicos. El cristiano, por su parte, era campesino y si no quería ser identificado con los moros o judíos no le quedaba otra solución que ingresar al Clero o tratar de convertirse en Hidalgo. En otras palabras, los cristianos pobres no eclesiástico se dividían, entonces, en Hidalgos y los que aspiraban a serlo. *En ese sentido es un error interpretar la hidalguía como una característica propia de la cultura española de la época; por el contrario, esta situación era más bien el producto de una sociedad rigurosamente dividida de acuerdo a factores sociales, raciales y religiosos.*

Así, entonces, los Hidalgos eran parte de la nobleza, pero a la vez, no lo eran. Este fenómeno representa un forma de vida que impregnada todos los aspectos de la sociedad española del siglo dieciséis y constituye la mentalidad de la mayoría de los conquistadores, incluyendo a Hernán Cortes, que arribaron a Las Indias. Estos son los ingredientes que permiten entender la crueldad del conquistador, su sed por el oro, la plata y otras riquezas materiales, como a la vez, el profundo fanatismo religioso y desprecio por otras creencias y culturas.

El sistema clasista del clero

En un sentido estricto, la Iglesia y el Estado español no pueden ser consideradas como entidades diametralmente diferentes entre sí ya que ambas eran componentes de un mismo sistema socio-económico. La Iglesia es una parte constitutiva de España, jugando un papel muy poderoso en la economía, la justicia, la ideología y la política. En ese sentido la Iglesia es parte del sistema imperante, en donde *el catolicismo constituye el centro de la ideología política del Estado* que permite al Clero penetrar con una enorme autoridad todos los niveles de la sociedad española, especialmente en la economía.

Durante el período de la conquista de América, los ingresos del Clero alcanzaron cifras fabulosas. Sin embargo existía una abierta discrepancia entre las rentas recibidas por el alto con respecto al bajo Clero, **una situación comparable a los hidalgos en el caso de la nobleza.** Juan Reglá (1958) sostiene que durante la crisis económica que afectó las postrimerías del reinado de Felipe II “los clérigos, religiosos y seminaristas se habían duplicado por que no tenía otro modo de vivir ni sustentarse”.

Por estas razones podemos afirmar que el Clero constituía una forma de clase social debido tanto a sus formas organizativas como a las funciones y significado político y poder dentro del Estado, muy similar a la nobleza. Como clase, entonces, no es extraño que apoye a un sistema social, político y económico del cual forma parte constitutiva y se beneficia tanto material como espiritualmente al monopolizar el aparato ideológico. Tampoco debe extrañarnos, que los clérigos españoles obedecieran espiritualmente a Roma en la medida que no interfirieran con las fórmulas políticas del Estado español —a pesar que la mayoría de las veces eran muy similares.

De esa España clerical, racista y nobiliaria provienen los conquistadores, lo que nos permite entender sus mentalidades y acciones. El noble o el fraile que llega a América no es un personaje aventurero, espiritual o altruista—tal como suelen presentarlos los apologetos de la conquista. Por el contrario, son personajes ambiciosos, crueles, sedientos de poder y gloria, camuflados con rosarios, sotanas, escritos eruditos, poemas, sacrificios y otras hierbas. Los riesgos de los caballeros-curas-conquistadores es algo calculado bajo las formas de reparto y apropiación de las riquezas del continente. Las luchas que llevan adelante en nombre de Dios y el Rey de España se hacen al mismo tiempo que cuentan las monedas de oro y plata que se embolsican. En ese sentido, los conquistadores religiosos y militares vienen con la intención no sólo de enriquecerse sino que, a la vez, cambiar de clase social. Lo anterior solo puede lograrse si le arrebatan los bienes materiales y naturales de las comunidades indígenas que poblaban el continente, a la vez que los transforman en esclavos para obligarlos a trabajar para ellos.

Los escritos del defensor de los indios, Fray Bartolomé de las Casas son, quizás, la mejor evidencia de esta situación cuando en su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* sostenía que:

Las causas porque han muerto y destruido tantas y tales e ta infinito número de almas los cristianos han sido solamente por tener su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos sin proporción de sus personas (T.1.:21).

ENCUENTRO VERSUS CONFRONTACIÓN

Los historiadores e investigadores estructuralistas frecuentemente recurren al uso de conceptos sofisticados—normalmente inadecuados—para referirse a hechos sociales que, debido a la naturaleza confrontacional de sus categorías aparecen como muy conflictivos, ofreciendo explicaciones suavizadas a acciones irracionales y violentas. Este es el caso de términos tales como “encuentro cultural”, “diálogo cultural”, “capacidad negociadora de los españoles”, el “nuevo mundo”, “centro y periferia”, acuñados por ciertos historiadores funcionalistas norteamericanos para referirse a la relación que se produce entre Europa y sus colonias a partir del mal llamado “descubrimiento”. El uso de dicha conceptualización no sólo contienen una alta connotación etnocéntrica sino que también esconden, tergiversan y diluyen las innumerables evidencias históricas del colonialismo y sus efectos en el continente.

De partida, digamos que el continente americano no fue descubierto por los Europeos. En un sentido estricto deberíamos decir que fue un *encuentro casual*, pero en gran medida, una *confrontación violenta* entre culturas y pueblos. Las culturas implantadas por los españoles y portugueses no podían mantenerse idéntica a su tipo de origen. El simple trasplante obligaba a los europeos a modificarlas para adaptarlas a las nuevas formas de productivas y sociales para alcanzar sus metas específicas —acumulación de oro y plata. La Conquista decapitó a las culturas nativas: hizo desaparecer sus religiones, las artes, la ciencia de los Mayas, de los Aztecas, de los Incas y otras; destruyó la escritura de los mayas y aztecas. Sin embargo, y a pesar de todo, sobrevivieron muchas tradiciones locales en la vida cotidiana y doméstica. A partir de esta realidad se fusionaron innumerables elementos europeos, más tarde africanos e indígenas que perduran hasta nuestros días en todos los rincones de nuestra cultura. Sin lugar a dudas, estas características no nos permiten hablar de un encuentro, fundamentalmente, debido al carácter violento, la explotación y la rapiña que caracterizaron a esta empresa colonial.

A su arribo a América, los españoles ya traían consigo una tradición de violencia confrontacional, intolerancia y fanatismo cultural y religioso, tal como lo mencionamos anteriormente. Recordemos una vez más que en 1492, los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y León—1451-1504—y Fernando de Aragón—1452-1516—reconquistan la ciudad de Granada y con ello desaparece el último baluarte de los moros, quienes se habían establecido en la Península Ibérica en el año 711. Nótese que después de siete siglos en la Península Ibérica aún continuaban siendo considerados extranjeros.¹⁶ También recordemos que ese mismo año, los monarcas españoles expulsan a los judíos y junto a ellos desaparece el último vestigio de tolerancia religiosa que, de una u otra manera había existido en la España, medieval, hasta 1400. Posteriormente, en 1609, se expulsa a los moriscos que conservaban la religión mahometana. En nombre de Isabel de Castilla y León, Cristóbal Colón “descubre” e inicia el “encuentro” con los habitantes de Las Indias, como erróneamente se denominara al continente.

Los portugueses no son muy diferentes a los españoles, con quienes comparten un proceso histórico muy similar hasta el siglo doce, cuando forman su imperio. En ese período se ocuparon y expulsaron a los moros de las tierras que ocupaban desde el extremo sur hasta Lisboa. En 1580, el reino portugués quedó unido al de España, pero en el año 1640 recobró nuevamente su independencia. La historia de la cultura portuguesa está muy vinculada a la cultura española; en ese sentido la influencia entre ambos imperios fue mutua. Después del viaje en que Pedro Alvares Cabral descubre al Brasil en el año 1500, los portugueses intentan establecerse por primera vez en esa región en el año 1503. Por un largo período, el continente americano les interesó muy poco a los portugueses ya que su atención estaba centrada preferencialmente en África, la India e Indochina, como a la vez, las islas del océano

Atlántico e Indico. La expansión colonial del imperio portugués en la región americana no se diferenció en nada de las formas, características y métodos utilizados por los conquistadores españoles. En ese sentido, tampoco es posible sostener la posibilidad de un posible "encuentro" entre los nativos y los portugueses. Similar a los españoles, también recurrieron al genocidio de los indígenas, al pillaje y a la esclavitud africana para lograr sus metas coloniales, todos ellos elementos constitutivos de la conquista europea del continente.

EL "NUEVO MUNDO"

Las regiones de América conquistadas por los españoles, portuguesas y franceses—mal llamada Hispano América—abarcan hoy día 20 naciones y a Puerto Rico, que aún permanece bajo un status muy *sui generis*, conocido como "territorio libre asociado" con los Estados Unidos.¹⁷ Una de ellas, el Brasil, la región con mayor extensión territorial de la región, utiliza la lengua portuguesa; otra, Haití, también colonia española hasta 1697, cuando los franceses la ocuparon hasta 1791, hablan el Creole, una variación del idioma francés. El resto de las 18 naciones se comunican en el idioma español, incluyendo a Puerto Rico.

Previo al arribo de los conquistadores la situación era diferente, lo que no significa decir que en el continente no existía porque los europeos no estaban conscientes que existieran otras civilizaciones en esta y otras regiones del planeta. Por el contrario, previo al "descubrimiento" de Las Indias por los españoles, muchos años antes de su arribo, existían culturas muy diversas y bien establecidas en los diversos territorios de la región: desde los Onas en el sur de la Patagonia, pasando por las complejas civilizaciones Incas de los Andes, los Mayas en Centro América, hasta los Aztecas en Norte América. Además, importantes culturas habían existido en las regiones de Yucatán, en Centro América — Guatemala—y en la región de Tiahuanaco, cerca del lago Titicaca—Bolivia.

La variedad de pueblos era enorme y se hablaban centenares de idiomas. De acuerdo a las clasificaciones lingüísticas propuestas por filólogo Paul Rivet (1876) existían 123 familias lingüísticas. De esas familias, algunas componían una sola lengua como la arauca en la región que hoy ocupa Chile, mientras otras abarcaban docenas de lenguas como el caso de la familia utoazteca o shone-azteca que abarca 25 grupos de dialectos utilizados en América Central, México y el sur de los Estados Unidos; la familia chibcha, en América Central y Sur América; la familia Maya-quiché, en México y en América Central, etc.

Es difícil enumerar el número de civilizaciones que existieron en México y de cuando datan. De acuerdo a estudios científicos se estima que algunas de ellas habrían aparecido en los primeros años de la era cristiana, es decir cerca de tres milenios atrás, alcanzando su máximo apogeo entre el siglo siete y quince.

La civilización de los mayas y los Quiches, en la Península de Yucatán y América Central también son muy antiguas y alcanzaron su cúspide entre los siglos seis y quince D.C., y cuyo esplendor aún se puede apreciar a través de las majestuosas ruinas y pirámides que aún permanecen como mudos testigos de otras épocas. La ciudades y templos religiosos de los mayas no eran todos contemporáneos y de acuerdo a las tradiciones de sus habitantes se iban abandonando una tras otros debido a guerras, epidemias, sequías, etc. Cuando llegaron los españoles, las principales ciudades y templos estaban en ruinas desde hacía mucho tiempo; después de la Conquista se mantuvo una que otra; la última Tayasal, fue destruida en 1697.

Los mayas y Quiches desarrollaron conocimientos astronómicos extensos y precisos, no superados en Europa antes del siglo dieciséis, junto a avanzados métodos matemáticos. Al principio de la era cristiana inventaron el concepto cero y el principio de posición que facilitaron dichos cálculos matemáticos. Lo mismo se puede decir acerca de la escritura, la cual se originó de una forma ideográfica—similar a los jeroglíficos de los egipcios—evolucionado a formas fonéticas, es decir, la representación convencional de los sonidos elementales del habla. Así, conservaron por escrito sus tradiciones religiosas e históricas

y una vez que aprendieron el alfabeto latino tradujeron sus obras tales como el *Popol Vuh*, el libro quiché sobre los orígenes del mundo, el *Rabi nal Achí*, drama guerrero, los libros mágicos llamados de *Chilam Balam*, de origen yucateco, y muchas otras obras magistrales.

El año 1492 divide la historia de las Américas en dos partes. Por un lado, los conquistadores europeos, quienes con un etnocentrismo increíble, hablan del "descubrimiento", del "nuevo mundo", de "Las Indias", dando la impresión de que el continente emergió a la historia con el arribo de las fragatas españolas. El resto no existe, como tampoco sus civilizaciones, sus religiones, sus idiomas, sus ciudades y conocimientos científicos. Sólo el Dios de los europeos es el verdadero, se les impone una sola lengua, se les fuerza a convertirse al cristianismo y a bautizarse para redimirlos del pecado original, pero para alcanzar la salvación eterna deben entregar todo el oro y la plata a sus redentores. Por su parte, 1492 significa para los habitantes de la región el comienzo de un interminable calvario el cual sumiría a la mayoría del continente en un profundo subdesarrollo del cual aún no es posible reponerse.

Cinco siglos no han pasado en vano y a pesar de la miseria, pobreza y neocolonialismo de América Latina y el Caribe, aún continúan sangrando sus riquezas a los nuevos imperios a través de una impagable deuda externa, sacrificando y explotando a sus poblaciones, del mismo modo que se hiciera en el pasado. En este contexto vale preguntarse una vez más, ¿qué tipo de civilización estamos hablando?; ¿qué tipo de "encuentro" cultural es el que nos enseñan en las academias neocoloniales de los países desarrollados?; ¿es posible someter a las nuevas generaciones de latinoamericanos a la amnesia histórica y olvidarse del pasado?

El conocido escritor uruguayo Eduardo Galeano (1993) nos dice que en 1614, el arzobispo de Lima ordenó quemar todos los instrumentos musicales de los indios y prohibió todas sus danzas, cantos y ceremonias "por que en ellas tienen un pacto con el diablo". Así, para despojar a los indios de sus bienes materiales y la libertad se les despojó primero de sus símbolos de identidad con los cuales habían sobrevivido mucho antes que pasaran a ser parte del "nuevo mundo". Sectas de frailes y funcionarios imperiales fanáticos mataban a los indios en el nombre de Dios, una coartada celestial utilizada para arrebatarles sus tierras y culturas.

El Arzobispo y Premio Nóbel de la Paz, el sudafricano Desmond Tutu, elocuentemente se ha encargado de recordarnos que:

Vinieron: Ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra. Y nos dijeron: "Cierren los ojos y recen".
Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían la tierra y nosotros teníamos la Biblia.

Cinco siglos más tarde, las naciones indígenas que aún sobreviven el holocausto del "encuentro" con sus conquistadores europeos en el "nuevo mundo", en una carta dirigida al Papa Juan Pablo II por la Organización Indígena de los Andes durante su visita al Perú le informaban:

Nosotros, Indios de los Andes y las Américas, decidimos usar esta oportunidad de la visita de Juan Pablo II para devolverle su Biblia porque después de cinco siglos no nos ha traído amor, paz y justicia. Por favor, tome su Biblia de vuelta con usted y désela a nuestros opresores, porque ellos necesitan de sus preceptos morales mucho más que nosotros. Desde la llegada de Cristóbal Colón a las Américas, una lengua, una cultura, una religión y valores provenientes de Europa fueron impuestos sobre nosotros a través de la fuerza. . .

La carta de los indígenas al Papa Paulo VI viene a poner de relieve la necesidad de un análisis político, económico, social y cultural riguroso de los sucesos históricos que ocurrieron en América Latina, bajo la hegemonía de los países europeos. La realidad y las crisis que se observan en el continente distan mucho de encontrar explicación ni mucho menos solución dentro de los parámetros analíticos discutidos en estas páginas. El investigador social tiene la responsabilidad de producir información y análisis

rigurosamente ajustados a la veracidad de los hechos. De ahí, la necesidad de afinar las herramientas analíticas para evitar situaciones como las denunciadas por los pueblos indígenas del continente y que contradicen las explicaciones condescendientes y apologéticas del turismo cultural y la academia. La herencia colonial está aún intacta en la región, representada a través de las enormes masas de pobres y desempleados, la miseria, la falta de hogares, y los millones de latinoamericanos que diariamente se disputan los desperdicios en los basurales con cerdos y perros para alimentarse. Esa realidad tan presente hoy día en nuestra América está ahí, no para recordarla, sino que, para continuar viviéndola.

PIE DE NOTAS

¹El programa original, publicado en Inglés, se titulaba *Center and Periphery in New Spain: 16th and 17th Century and Indigenous Cultures in Mexico and New Mexico* (CPNS). Las citas utilizadas en este trabajo corresponden a traducciones aproximadas de algunas notas contenidas en el folleto original. El idioma oficial del Instituto fue la misma lengua de modo que las referencias a los diferentes aspectos discutidos o presentados por los charlistas, incluyendo algunas notas manuscritas, también son traducciones realizadas por el autor de este trabajo.

²Las primeras formulaciones de la teoría estructural-funcionalista tienen sus orígenes en las ideas del Inglés Herbert Spencer (1820-1903), quien postulaba que la sociedad y los organismos humanos eran muy similares. El cuerpo humano, por ejemplo, está formado por diferentes partes —órganos— en donde cada uno de ellos cumple una función específica que permiten su sobrevivencia. Lo mismo ocurre con la sociedad, en donde las diferentes instituciones y organizaciones sociales son partes estructurales interdependientes entre sí. Las que en su totalidad permiten que la sociedad pueda operar. Este marco teórico fue luego reformulado por Emile Durkheim. Para mayor información acerca de este tema ver mi trabajo *Introducción a la Sociología*, Capítulo 2, (Santiago: LOM: 1997).

³Un buen ejemplo de esta situación es la explicación ofrecida desde esta perspectiva acerca de los gobiernos militares dictatoriales que asolaron a los países latinoamericanos, entre las décadas de los sesenta a los ochentas. Como explicación sostenían que algunas de los segmentos sociales de los países de la región tales como la universidad, partidos políticos e incluso la Iglesia, entre otros, habían sido infiltradas por el "comunismo internacional" o el "marxismo-leninismo". Así, el conflicto social, algo real y concreto, se explica a través de un elemento que proviene desde afuera, omitiendo analizar factores tales como la pobreza, el hambre, la desnutrición, el desempleo, el analfabetismo y otros factores propios del subdesarrollo histórico de la región, es decir los ingredientes reales a partir de los cuales se generan y nutren los conflictos sociales que han afectado a nuestro continente desde la llegada de Colón hasta nuestros días. Desde esta perspectiva, la represión, la violación a los derechos humanos, las masacres cometidas durante estos regímenes militares, los genocidios, pasan a ser elementos *funcionales* a un sistema económico, político y social al acentuar un modelo de sociedad que se define como "cristiana y democrática". Así, el "marxismo", un factor externo y ajeno a dichas sociedades, constituye un elemento disfuncional y disruptivo, no así la pobreza.

⁴Durante las tres primeras charlas acerca "España en el Siglo XV: El Reino de Fernando e Isabel", el charlista del CPNS-95 recurrió ostensiblemente al uso de los elementos señalados más arriba. Interpretaciones anecdóticas de las personalidades de los Reyes Católicos y otros personajes de la historia de España, en el mejor estilo sensacionalista fueron frecuentemente utilizadas. Por ejemplo, los comentarios acerca de los "grandes escándalos sexuales" previos a la reforma de la Iglesia. "Los monjes se vestían de monjas y viceversa"; "Juana La Loca, a lo mejor no era loca, pero incompetente. . . eventualmente perdió la razón y Fernando II regresa a Castilla para administrar el Reino. . . Juana murió en 1554 y se dice que practicaba necrofilia con el órgano sexual de su difunto esposo." Información extraída y traducida de las notas preparadas por el profesor Andrés González y reproducidas para los participantes del CPNS. Lecture # 2, del 6 de junio de 1995; pág. 1-3.

⁵Consideramos importante mencionar que este requerimiento no es ajeno a la innegable parcialidad ideológica-política de los investigadores. Con esto estamos disputando la supuesta objetividad weberiana de la mayoría de los análisis sociales estructural-funcionalistas de la academia norteamericana y otras.

⁶Curiosamente, al formular estas inquietudes metodológicas elementales por parte de algunos latinoamericanos, y ante la carencia de interpretaciones alternativas a las oficiales por parte de los charlistas, la reacción de un grupo de participantes fue preguntar a los que disentían, las razones que habían tenido para asistir a dicho Instituto de Verano organizado para ciudadanos "americanos".

⁷Estas categorías conceptuales fueron introducidos originalmente por la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) como una alternativa al modelo evolutivo de Gino Germani (1966) el cual contemplaba el cambio social bajo las formas de una transición entre una sociedad tradicional a una moderna. Si bien Germani sostenía que dicha transición asumía ritmos diferentes y que en América Latina el proceso de movilización rebasa los canales de integración produciendo desequilibrios que hace que las estructuras arcaicas o tradicionales de la sociedad permanezcan combinadas junto con otras modernas, su modelo teórico de análisis es a toda vista no sólo evolucionista sino que, además, eurocéntricos.

La CEPAL, por su parte, plantea que la desigualdad entre los *países desarrollados* y los *países subdesarrollados* no es un problema de distintas etapas evolutivas de desarrollo, sino que contiene una diferencia estructural: el sistema económico mundial se desarrolla de una manera desigual originando *centros y periferias*. Un elemento fundamental para entender este desarrollo desigual y combinado es la difusión del progreso técnico en la economía mundial, siendo el factor que ensancha la brecha entre el centro y la periferia.

Así, en el *centro*, el avance tecnológico coincide con un desarrollo económico homogéneo y diversificado capaz de absorber y utilizar sus avances materiales, traduciéndose en un mayor bienestar social y económico junto a una mayor productividad, densidad de capital y capacidad de ahorro. Por su parte, las categorías del concepto *periferia*, sostiene que los avances tecnológicos se origina sobre las bases de un período en que las economías de la región se organizaron —a partir del siglo diecinueve— alrededor de un modelo agro-exportador orientado a los mercados internacionales, transformándose en exportadores de materias primas e importadores de bienes manufacturados y capital. Esta situación fue generando un desarrollo desigual entre las regiones al interior de un mismo país y sus ramas productivas, una característica propia del subdesarrollo latinoamericano, y que de acuerdo a la CEPAL se va ensanchando produciendo un rápido deterioro de los términos de intercambio. En otras palabras, América Latina recibe cada vez menos ingresos por lo que exporta y paga más por sus importaciones.

⁸El pionero de la sociología Max Weber sostiene que la realidad es infinita rechazando por lo tanto la posibilidad del conocimiento global. En otras palabras, debido al carácter limitado y finito del conocimiento resulta imposible dar cuenta de la totalidad de los fenómenos y procesos sociales. Este escepticismo se acentúa cuando señala que la realidad es heterogénea y caótica, lo que imposibilita la búsqueda de ordenamientos y reglas que expliquen su funcionamiento y desarrollo. De acuerdo a Weber, entonces, la única posibilidad es el conocimiento parcial y particular de las cosas a través del *método de la comprensión*. Así, en la medida que observamos a un objeto sin límites y desorganizado, el conocimiento que realicemos de cualquiera de sus partes es igualmente necesario y valioso debido a que no existen criterios objetivos que permitan jerarquizar dichos objetos de estudio de acuerdo a su importancia dentro de la totalidad de la sociedad. Por lo tanto, de acuerdo a Weber, el único referente para definir el campo de una investigación son los valores particulares del investigador.

⁹Al respecto, ver el trabajo de Jaime Osorio, *Las dos caras del espejo: ruptura y continuidad en la sociología Latinoamérica*. En relación al tema que estamos discutiendo hacemos especial referencia al capítulo primero, *América Latina como problema teórico*, y el capítulo segundo, *El marxismo latinoamericano y la dependencia*.

¹⁰En la introducción de su libro *The Spanish Frontier in North America*, David Weber critica lo que denomina modelos antropológicos, paradigmas sociológicos, económicos o “americanos” y “europeos”, para explicar la agenda española en norteamérica argumentando que ésta puede ser entendida en muchas formas. Weber, quién también participó como charlista en el CPNS-95, sostiene que todos esos modelos explicativos son útiles, pero “ninguno de ellos es totalmente satisfactorio.” De este modo, “prefiriendo el eclecticismo al reduccionismo, he pensado incorporar una variedad de modelos en un marco que explique el Imperio Español en Norte América. . .” (Pág. 11). Es importante notar que todas las fuentes criticadas por Weber son de origen anglosajón —trabajos publicados en Inglés solamente. Si el autor de este interesante trabajo se hubiera dedicado a realizar algunas lecturas en español, portugués e incluso francés, habría podido encontrar una serie de estudios realizados por investigadores latinoamericanos con una perspectiva teórica diferente y apropiada para este tipo de estudios. Por ejemplo, mencionemos los valiosos trabajos de Silvio Zavala, Sergio Bagú, y Enrique Semo, entre muchos otros. Así, la valiosa información reunida por Weber en su trabajo, se diluye y torna confusa debido a la mezcla que hace de los diversos ingredientes teóricos. Como resultado, las interpretaciones y conclusiones no sólo son débiles sino, que, altamente discutibles al no ofrecer una explicación clara acerca del fenómeno que intenta dar cuenta. Por ejemplo, Weber concluye que el Conquistador De Vargas, ejecutor de innumerables masacres de indígenas en la región que hoy día se conoce como Nuevo México, no era cruel sino que, más bien, fue el producto de un período histórico determinado. En este sentido, y siguiendo la misma línea de análisis, otros podrían concluir que Hitler en Alemania, o Pol Pot en Cambodia o Pinochet en Chile, también fueron productos de sus respectivos momentos históricos, para explicar sus acciones. Espero que las víctimas inocentes de estos personajes puedan entender las formulaciones de Weber mejor que yo.

¹¹Uno de los errores más grandes de los monarcas españoles fue la expulsión de los judíos, motivados por razones ideológicas como económicas. Al nivel ideológico, los sectores dominantes de la realeza promovían la unificación del imperio a través de la ortodoxia religiosa y la pureza de la sangre. Al nivel productivo y económico, la Corona expropió las industrias y riquezas de los judíos. Las consecuencias de estas acciones fueron inmediatas. El año 1492, de una población de 7 millones, sólo habían medio millón de judíos y conversos. De estos, un tercio de la población urbana estaba compuesta por descendientes de judíos. Después del decreto de expulsión, la ciudad de Barcelona y puerto comercial principal enfrentó la bancarrota y la ciudad de Sevilla vio sus ingresos disminuidos un 50 por ciento (Fuentes: 1992: 90)

¹² Los musulmanes intentaron expandirse al resto de Europa pero, fueron detenidos por Carlos Martel después de derrotarlos en la batalla de Poitiers en el año 732. Diez años antes las fuerzas moras ya habían sufrido su primera derrota militar —722— en la batalla de Covadonga por parte del asturiano, Pelayo.

¹³Ver Fray Bernardino Sahagún, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México 1829, Tomo I, Pág. XIX.

¹⁴Nótese que a través de este paradigma estructural-funcionalista un oligarca cuyo origen ancestral proviene de la nobleza más rancia y un campesino que trabaja para éste y que gana la lotería pueden ser ambos clasificados por sus ingresos como clase alta.

¹⁵Sin embargo, el chileno Fernando Mires en su libro *En nombre de la cruz* pone el dedo en la llaga al sostener que irónicamente esos ejércitos de nobles ociosos, frailes fanáticos y obscurantistas y de hidalgos venidos a menos, quizás sin saberlo, fueron los que se pusieron a la cabeza de la revolución mercantil al momento del Descubrimiento.

¹⁶Esta situación nos lleva a reflexionar de la siguiente manera: ¿Qué sucedería hoy día si los indígenas de nuestro continente sostuvieran que los mestizos y mulatos que por casi cinco siglos han habitado en América Latina son todos extranjeros?

¹⁷Para una información más detallada acerca de los grupos hispano-hablantes en los EE.UU, ver mi trabajo (2000), "Comunidades Hispánicas en los Estados Unidos: Algunos antecedentes sociopolíticos e históricos", publicado en *Cuadernos de Historia Veracruzana*, por la Subsecretaría de Desarrollo Político del Gobierno del Estado de Veracruz.